

ne, el comandante de Langres habíase negado á reconocer el convenio firmado por su gobierno, por lo cual era preciso asediar ésa plaza y quizá habría de ser necesario convertir el asedio en sitio en regla. A este efecto, el general Goltz marchó inmediatamente sobre ella, hacia la cual se dirigió asimismo con siete batallones, dos escuadrones, dos baterías y el tren de sitio el general Krenski procedente de Longwy, plaza que se le había rendido el 25 de enero después de seis días de bombardeo. A pesar de esto ninguna acción se intentó contra Langres, pues el general Manteufel, deseoso de evitar á sus tropas nuevas pérdidas, y de darles todo el descanso posible después de tan inauditas penalidades como habían soportado, no quiso intentar ninguna operación táctica decisiva. Hasta entonces no llegaron los bagajes, incluso los de los oficiales superiores, que al penetrar en Francia habían tenido que detenerse en el Jura. A fin de que tuvieran buenos alojamientos las tropas fueron distribuídas en cuarteles de descanso, y aunque se separaron algo unas de otras, todas estaban aperci-bidas para la lucha á la primera señal: el segundo cuerpo alojóse en el departamento del Jura, el séptimo en el de la Cote d'Or y el octavo en el del Doubs. Pero estas medidas no fueron óbice á que prosiguiera con toda energía el sitio de Belfort.

## CONTINUACIÓN DEL SITIO DE BELFORT

Ya á raíz de la batalla del Lisaine el cuerpo que sitiaba á Belfort había sido aumentado hasta llegar á reunir 27 batallones, seis escuadrones, seis baterías de campaña, 24 compañías de artillería de plaza y seis compañías de gastadores, formando un total de 17,602 hombres de infantería, 4,699 de artillería y 1,166 gastadores, ó sea en conjunto una fuerza de 23,467 hombres, con 707 caballos y 34 cañones de campaña.

El grueso de las fuerzas sitiadoras habíase concentrado al Sur y al Este de la plaza, dejando en el Norte y en el Oeste sólo unos pocos batallones.

Las baterías situadas en el lado Este rompieron el día 20 de enero un violento fuego contra Perouse, y el coronel francés Denfert, deduciendo de ello que los sitiadores iban á intentar un ataque sobre el citado pueblo, que había sido preparado para una tenaz resistencia, envió á él cuatro batallones, escogidos entre sus mejores tropas.

A media noche dos batallones del regimiento 67 salieron de Chevre-mont, y sin disparar un tiro avanzaron sobre el bosque de Haut-Taillis; pero al llegar al interior de éste trabaron reñido combate con los franceses, que fueron rechazados hasta la aldea. Los gastadores, á pesar del nutrido fuego de los fuertes, atrincheraron inmediatamente el lindero del bosque que daba frente á Perouse.

Media hora después, dos batallones de la landwehr se dirigieron desde Bessoncourt á la parte del bosque situada al Norte del pueblo, y, aunque los defensores de éste los recibieron con un terrible fuego, avanzaron al través de los macizos de árboles, y saltando fosos y vallas de alambre hicieron retroceder al enemigo hacia la cantera.

El combate se mantuvo un rato indeciso, pero muy pronto los del 67 dieron un nuevo ataque, y, sin que fuera bastante á detenerles las trincheras penetraron en Perouse, apoderándose á las dos y media de la mitad oriental de este vasto pueblo. Los defensores de la cantera, amenazados desde allí por los alemanes la evacuaron, y á las cinco el coronel Denfert abandonó la mitad occidental de la población, que entonces fué ocupada completamente por los alemanes.

Las pérdidas de éstos ascendieron á 178 hombres; los franceses dejaron en poder del enemigo cinco oficiales y 93 soldados prisioneros.

*Enero 21-27.*— Desde hacía algunos días venía levantándose la primera paralela, que debía tener una longitud de 1,800 metros desde Danjoutín hasta Haut-Taillis. Cinco batallones y dos compañías de gastadores ocupábanse en este trabajo sin ser molestados por el enemigo, pero la naturaleza roqueña del terreno había impedido dar á la obra la anchura necesaria.

El general Tresckow creyó llegado el momento oportuno de dar el asalto á los dos fuertes de Perches, cuyas defensas consistían en dos medios reductos de tres metros de profundidad, en varias trincheras abiertas perpendicularmente en el suelo roqueño, en algunos parapetos y en casamatas á prueba de bomba situadas en las golas de los baluartes, y cuyo armamento se componía de siete cañones de 12 centímetros en cada uno. Ambos fuertes se comunicaban por medio de zanjás, detrás de las cuales estaban preparadas las reservas. Esta posición estaba protegida en el flanco derecho por un batallón y una batería de salida situados en Le-Fourneau; en el izquierdo, el bosque, que formaba un cuerpo saliente, había sido talado hasta una distancia de 600 metros y espesas vallas de alambre constituían un obstáculo casi infranqueable. Los fuegos de los dos fuertes cruzábanse en la suave pendiente de la falda de la montaña que delante del frente se alzaba.

El día 27 se procedió al asalto, cuando ya la paralela, gracias á los trabajos practicados en ella la noche antes, estaba bastante adelantada para que pudieran situarse en ella fuerzas considerables; dos columnas compuestas de un batallón, una compañía de gastadores y dos cañones, emprendieron el ataque al amanecer del citado día 27. Dos compañías del batallón de la landwehr, que mandaba Schneidemul, avanzaron sobre el frente del bajo Perches, y al llegar á 60 y 100 metros respectivamente de

las fortificaciones se arrojaron al suelo: un pelotón de tiradores y algunos gastadores llegaron á las trincheras y las escalaron sin vacilar, mientras las otras dos compañías, que habían flanqueado el fuerte por el lado izquierdo, alcanzaban la parte posterior de éste y algunos de sus soldados escalaban á su vez las trincheras de las golas. Los franceses desalojados de estas posiciones se reunieron mientras avanzaba hacia allí el batallón situado en Le-Fourneau. Todos los fuertes de la fortaleza enderezaron sus fuegos contra el terreno abierto y sin defensa que se extendía delante de la paralela, lo cual impidió el avance de los refuerzos detrás de ésta preparados. La séptima compañía del batallón de la landwehr vióse cercada por fuerzas muy superiores, que hicieron prisioneros á la mayor parte de los soldados que la componían. En cambio casi todos los hombres que habían llegado hasta las trincheras pudieron escapar libremente.

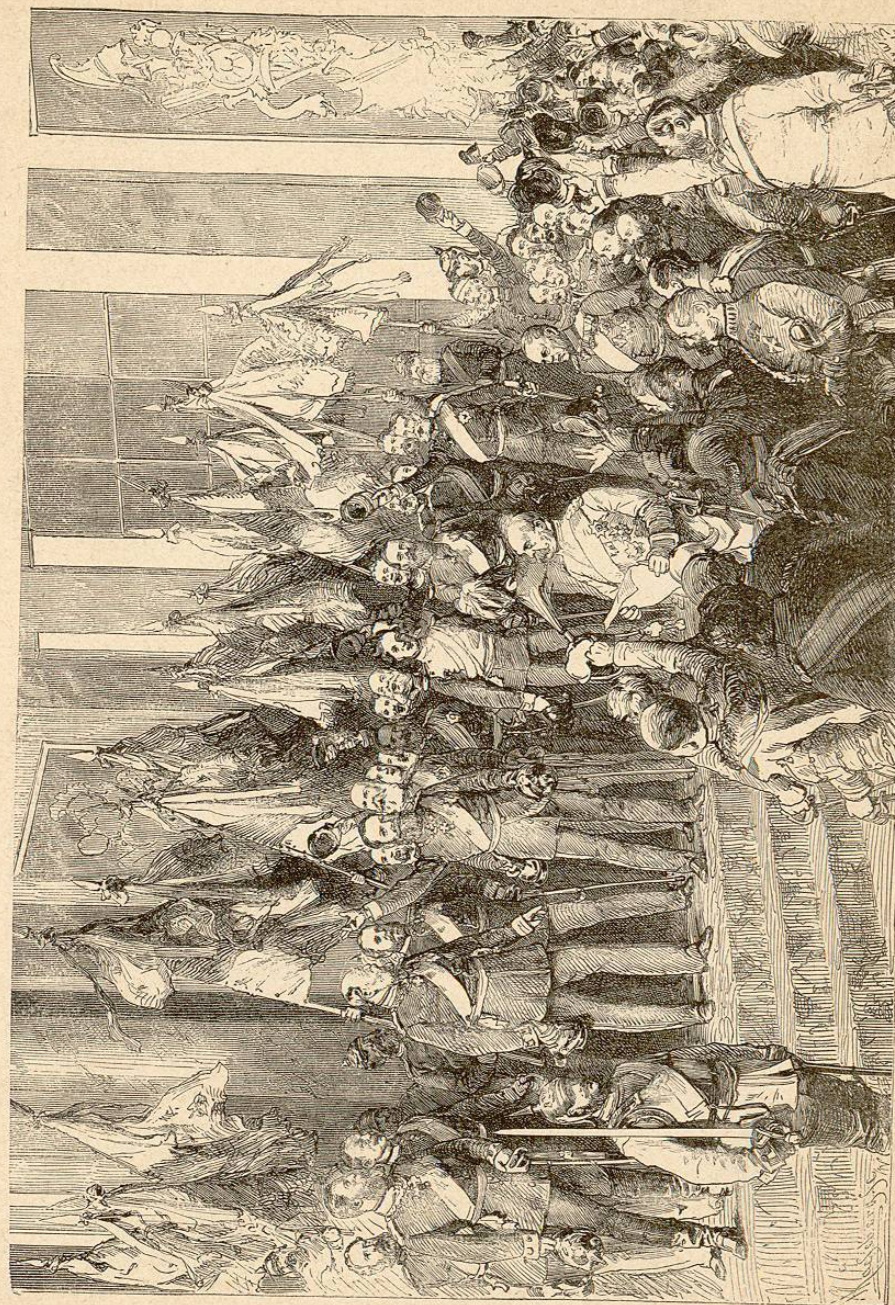
El movimiento que contra el alto Perches había efectuado la columna de la derecha también fracasó: aquella fuerza había de recorrer mil metros á campo descubierto, y aunque intentó cercar el fuerte no pudo avanzar á causa de las vallas y otros obstáculos y del terrible fuego del enemigo.

La fracasada tentativa de asalto había costado á los alemanes 10 oficiales y 427 soldados, en vista de lo cual decidióse proseguir el ataque por medio de los ingenieros, que si bien era más lento ofrecía mayores probabilidades de buen éxito.

*Enero 28 á 15 febrero.*—En los sucesivos trabajos de aproximación á los fuertes, la obra de zapa pudo adelantar 300 metros cada noche sin que el enemigo pusiera estorbo á ella; así es que, á pesar de las dificultades que las malas condiciones del terreno creaban, el día 1.º de febrero quedó abierta la segunda paralela, que acortaba en una mitad la distancia que separaba á los alemanes de los fuertes de Perches.

Viendo que el fuerte de la Justice era un gran inconveniente para la prosecución de los trabajos, dispúsose que se situaran al Este de Perouse dos nuevas baterías, cuyos fuegos se dirigirían contra aquél: hecho esto, cuatro baterías de morteros, situadas en las alas de la paralela, enderezaron desde muy corta distancia sus tiros sobre los Perches, emplazándose además en el bosque del mismo nombre tres baterías apuntadas contra el castillo y una en el lindero del bosque, junto á Bavilliers, que había de disparar sobre las fortificaciones propiamente dichas de la ciudad. En Belfort y en sus fortificaciones cayeron desde aquel momento 1,500 proyectiles diarios.

Esto no obstante el ataque hacía cada vez más difícil, pues la retirada del general Debschitz había disminuído considerablemente las fuerzas del ejército sitiador, que sólo disponía ya de ocho batallones para el pe-



Proclamación del emperador de Alemania en Versalles, en 18 de enero de 1871

sado servicio de las trincheras. Las grandes bajas experimentadas por los gastadores eran especialmente sensibles, y fué preciso hacer venir de Estrasburgo dos compañías de refresco. La luz de la luna, que permitía ver una gran extensión de aquel campo cubierto de nieve, hizo imposible proseguir la obra de zapa, por lo que hubo de acudirse á los muros de tierra, protegiendo los extremos de aquélla con sacos de arena y los lados con cestas, teniendo que traerse á veces desde muy lejos la tierra que para todo esto se necesitaba.

Para colmo de dificultades el día 3 de febrero sobrevino el deshielo, y el agua procedente de las montañas inundó las trincheras, teniendo por este motivo que hacerse el tránsito por el campo descubierto. Copiosos aguaceros perjudicaron gravemente á los trabajos concluidos; el parapeto de la primera paralela se desmoronó en algunos puntos, desapareciendo la banqueta del mismo. El emplazamiento de las baterías, que debía hacerse por caminos impracticables, costó indecibles trabajos, y para llevar hasta ellas las municiones fué preciso recurrir á los caballos de las columnas y de la artillería de campaña. Muchos cañones estaban inservibles por haberse calentado demasiado. En tanto, los franceses supieron estorbar los trabajos haciendo avanzar algunas piezas que después de disparar eran inmediatamente retiradas, lo cual obligó á los alemanes, no sólo á proseguir durante la noche el bombardeo de los Perches, sino también á dirigir contra éstos un nutrido fuego de infantería. Los alemanes, cuyas baterías últimamente situadas en las paralelas sólo de cuando en cuando conseguían apagar los fuegos del alto Perches, hubieron de construir espaldones delante del fuerte de Bellevue y de las fortificaciones de la estación del ferrocarril, y atacar de nuevo el fuerte de Barres. Ya se comprenderá cuán funestas debieron ser todas estas circunstancias y el mal tiempo para el estado sanitario de las tropas, dándose á menudo el caso de que los batallones sólo tuvieran 300 hombres aptos para el servicio.

Esto no obstante, como la artillería de los sitiadores era indiscutiblemente superior á la de los sitiados, las zapas pudieron alcanzar, á pesar de todos los obstáculos, el borde de los fosos de los Perches.

A la una de la tarde del día 8 de febrero el capitán Roese mandó arrojar gaviones de zapa en los fosos del alto Perches, y saltando á éstos con cinco gastadores escaló el parapeto por las banquetas que en un momento construyó en las escarpas, seguido inmediatamente por la guardia de trincheras. Los franceses habían desaparecido de allí, y sólo se halló un corto número de ellos en los traveses abovedados. La situación de la guarnición de los fuertes había empeorado notablemente, y para proveerse de municiones, ó de agua que sacaban del estanque de Vernier, y aun para guisar el rancho en el interior de las obras, los defensores de aquéllos te-

nían que exponerse á los fuegos del enemigo. Por esto el coronel Denfert había dado de antemano las oportunas órdenes para poner en seguridad el material, y sin que lo advirtieran los alemanes los franceses retiraron los cañones cuyas cureñas permitían aún el transporte, dejando en cada fuerte únicamente una compañía, que en caso de ataque debía retirarse sin por esto dejar de hacer fuego. A consecuencia de esto los asaltantes no encontraron en las demolidas obras más que algunas cureñas rotas y cuatro cañones inútiles. Reparada la obra de modo que pudiera defenderse haciendo frente á la plaza, ésta rompió á las tres un fuego tan vivo contra las posiciones perdidas que los trabajadores hubieron de guarecerse en los fosos.

La guarnición del bajo Perches opuso todavía alguna resistencia, pero recogida por las reservas retiróse pronto á Le-Fourneau, abandonando cinco cañones y algún material destrozado. También en este punto los proyectiles de la plaza obligaron al principio á los alemanes á interrumpir los trabajos de atrincheramiento, mas no pudieron evitar que, al fin y al cabo, se situaran en la obra cuatro morteros de quince centímetros y en el resalto de la colina que se alza al Oeste de la misma dos cañones de nueve todas las cuales piezas apuntaron hacia Le-Fourneau y Bellevue. Ambas obras se comunicaron por medio de una trinchera de 624 metros de longitud, que fué construída durante la noche del 9 al 10, quedando de esta suerte establecida la tercera paralela.

A partir de aquel momento podían los alemanes emprender el ataque directo de la ciudadela, y á tal efecto rompieron el fuego contra ésta las baterías del bosque de los Perches, y al poco rato la que estaba colocada en la segunda paralela, siendo bombardeados al propio tiempo Justice, Miotte y Bellevue. El regreso del general Debschitz había restituido el completo de sus fuerzas al ejército de sitio, y las heladas, por otra parte, mejoraron la situación. El día 13 había en la tercera paralela 97 cañones dispuestos á romper el fuego.

La ciudad había sufrido terriblemente con tan largo bombardeo: casi todos los edificios habían recibido daños de mayor ó menor consideración, y quince de ellos estaban completamente destruídos por las llamas. En las aldeas vecinas 164 casas fueron arruinadas por los proyectiles de los mismos franceses, y las huellas de la destrucción eran harto visibles en las fortificaciones, y especialmente en la ciudadela, cuyo muro del frente, construído con piedras de sillería, habíase derrumbado sobre el foso. Además la mitad de sus cañoneras blindadas yacían convertidas en escombros, los almacenes de pólvora para el consumo habían sido volados, y algunos traveses abovedados mostraban aún las señales del paso de los proyectiles. Para subir á las baterías más altas hacía indispensable el empleo de escaleras. La guarnición de la plaza, que al comenzar el sitio constaba

de 372 oficiales y 17,322 soldados, había perdido 32 de los primeros y 4,713 de los segundos, habiendo perecido, además, 336 paisanos. La ciudad no podía sostenerse mucho tiempo, y en tal situación recibió la noticia de que el único ejército de quien podía esperarse auxilio, y con éste la salvación, había depuesto las armas.

Así las cosas, el general Tresckow propuso al comandante de Belfort la rendición de la plaza, que tan valientemente se había defendido, ofreciéndole para la guarnición la salida libre y con todos los honores de la guerra.

Esta condición había sido aprobada por S. M., y el gobierno francés autorizaba al comandante para que la aceptara; pero el coronel Denfert insistió en que se le enviara directamente la orden, para traer la cual expidióse en seguida á un oficial á Basilea, pactándose entretanto una tregua provisional.

El día 15 firmóse en Versailles un tratado en virtud del cual hacía extensivo el armisticio concertado en 28 de enero á los tres departamentos hasta entonces excluidos de él y á Belfort, y cuyo artículo 1.º disponía la rendición de esta plaza.

Terminadas las negociaciones definitivas, la guarnición de Belfort salió del radio de esta ciudad en los días 17 y 18 de febrero, y con armas y bagajes se encaminó por L'Isle-sur-Doubs y Saint-Hippolyte al territorio ocupado por los franceses, efectuando la marcha por secciones de 1,000 hombres escalonadas á una distancia de cinco kilómetros una de otra, con la última de las cuales abandonó la plaza el coronel Denfert. Las provisiones para el entretenimiento de estas tropas fueron sacadas de Belfort y conducidas en 150 carros prusianos.

El teniente general Tresckow, al frente de destacamentos de todas las tropas que constituían el cuerpo de sitio, hizo su entrada en la ciudad á las tres de la tarde del día 18 de febrero.

Los alemanes encontraron en Belfort 341 cañones, de ellos 56 inútiles, 356 cureñas, entre éstas 119 destrozadas por los proyectiles, 22,000 armas de fuego portátiles y una cantidad muy considerable de víveres y municiones.

Las tropas sitiadoras habían perdido 88 oficiales y 2,049 soldados, entre éstos 245 que habían sido hechos prisioneros y que con la capitulación recobraron la libertad.

Sin pérdida de momento procedieron los vencedores á armar y poner nuevamente en condiciones de defensa la plaza conquistada y á continuar la nivelación de los trabajos de ataque.

## EL ARMISTICIO

En virtud del convenio de 28 de enero resolvióse trazar una línea de demarcación de la cual deberían permanecer alejadas diez kilómetros las avanzadas de cada uno de los dos ejércitos enemigos. Arrancaba esta línea de la desembocadura del Sena, descendía al Sur hasta el Sarthe, cruzaba el Loire por Saumur, seguía el curso del Creuse, torcía al Este hacia Vierzón, Clamecy y Chagny, y dando un rodeo al Norte de Chalóns sur-Saone terminaba en la frontera suiza por el Sur de Lons-le-Saulnier y Saint-Laurent. Los dos departamentos del Paso de Calais y del Norte y el cabo del Havre quedaban especialmente separados.

A las plazas fuertes que aún conservaban los franceses dentro del territorio ocupado por los alemanes les fué señalado un radio proporcionado á su magnitud é importancia.

La ejecución del tratado hubo de sufrir en algunos puntos ciertos aplazamientos. El convenio había sido firmado en París por los individuos del gobierno de la Defensa Nacional que en la capital se encontraban, mientras la delegación que funcionaba en Burdeos, y á cuyo cargo había corrido hasta entonces la dirección de la guerra, ignoraba todavía las condiciones estipuladas, en las cuales ninguna intervención había tenido. En su consecuencia, Gambetta, aunque mandó suspender las operaciones, no pudo dar á los generales ninguna instrucción precisa.

Así sucedió que el general Faidherbe no supo qué hacer, por falta de órdenes, en punto á la evacuación de Dieppe y Abbeville, á pesar de lo cual el general Goeben desistió, por el pronto, de penetrar en estas plazas. Al Oeste del Sena fué preciso que el gran duque de Mecklenburgo se formalizara y declarase que de no reconocerse la línea de demarcación se reanudarían inmediatamente las hostilidades.

El comandante de la guarnición de Langres también opuso algunas dificultades, y no se retiró dentro del radio que le había sido señalado hasta el día 7 de febrero. Lo propio aconteció con el general Rolland en Besanzón; Auxonne se negó en un principio á dejar libre la vía férrea, y Bitsch, plaza que no valía la pena de ser atacada seriamente, negóse á reconocer el convenio, por lo que hubo de reforzarse el bloqueo, hasta que en marzo, amenazada de un ataque enérgico, la guarnición abandonó aquel peñasco.

Los guerrilleros tampoco quisieron someterse, trabando en varios sitios ligeros combates con los alemanes. Una vez zanjadas definitivamente todas las dificultades, cesaron las desuniones formales entre las poblaciones y las tropas alemanas, que ya no volvieron á reproducirse durante el armisticio.

Todos los cuerpos que se hallaban delante de París ocuparon los fuertes que á su frente tenían, situándose especialmente el quinto en el del monte Valeriano y el cuarto en la ciudad de Saint-Denis, y quedando entre los fuertes y la muralla principal una zona neutral que no podían atravesar ni siquiera los paisanos, los cuales, para circular por los caminos que en virtud del tratado quedaban libres, habían de someterse á la inspección de las fuerzas alemanas particularmente destinadas á este servicio.

Temeroso del descontento que á la población había de causar el oírlo, el gobierno francés había vacilado tanto tiempo en pronunciar la palabra capitulación, que aun entonces, á pesar de haberse restablecido las comunicaciones, París se veía amenazada por el azote terrible del hambre. En vista de ello, los alemanes pusieron á disposición de las autoridades de la capital cuantas provisiones tenían en sus almacenes y pudieran en ésta hacer falta; los generales en jefe, los gobernadores generales y los inspectores de etapas recibieron orden de no poner obstáculo alguno á la recomposición, de las vías férreas y demás caminos enclavados en su jurisdicción, y hasta se estableció el libre tránsito por las vías que los alemanes habían construído para el servicio de su propio ejército. No obstante todas estas facilidades, el primer tren de comestibles no llegó á París hasta el día 3 de febrero, y sólo á mediados de este mes lograron los franceses salvar el conflicto del hambre que reinaba en su capital.

Los prisioneros alemanes fueron puestos inmediatamente en libertad: más lenta fué la entrega de armas y material de guerra y de la contribución de guerra de 200 millones de francos que se impuso á la capital.

Dudoso era todavía si el partido de la «guerra á todo trance» que funcionaba en Burdeos acataría ó no las órdenes del gobierno de París, y si finalmente la Asamblea Nacional que se iba á convocar aceptaría las condiciones de paz impuestas por el vencedor. De aquí que, así los franceses como los alemanes, adoptaran todas las medidas necesarias para en caso necesario reanudar la suspendida guerra.

El modo como quedó distribuído el ejército francés al terminar el armisticio había de ser poco favorable á este nuevo rompimiento de hostilidades.

Por consejo del general Faidherbe habíase disuelto por completo el ejército del Norte por considerarle demasiado débil para hacer frente á las fuerzas que tenía delante. Con el cuerpo vigésimo segundo, que había sido conducido por mar á Cherburgo, con el vigésimo séptimo y una parte del décimonono, formóse el ejército de la Bretaña, que á las órdenes del general Colomb, y contando á los voluntarios de Lipowski, Cathelineau, etcétera, llegó á reunir una fuerza de 150,000 hombres. El general Loysel, con 30,000 hombres mal armados y guardias móviles bisoños, permanecía en las trincheras emplazadas delante del Havre.